

lleva. Es posible que esta Villa, así como la de Cadalso, provinieran de tiempos más lejanos y las fortalezas ya citadas de las Peñas de Amoclón y de Muñana, pudieran testimoniarlo. Pero tal como hoy se presentan, dichas Villas no enseñan nada que demuestre mayores alturas de origen y hasta pudiera creérselas de procedencias más bajas.

San Martín continuó dependiendo de los monjes, los cuales a finales del siglo XIV o más bien en los comienzos del XV, pudieron levantar por su cuenta el actual castillo, cedido poco después al Condestable de Luna que, con Cadalso, la Adrada y este pueblo, trató sin duda de formar una coraza protectora de sus Estados de Escalona y Maqueda, razón a la que pudiera también atribuirse la construcción del castillo. Se dice que la cesión a Don Alvaro fue motivada por una rebelión de los habitantes del Valle contra el Monasterio, los cuales se alzaron también airadamente contra el Condestable, cuyo señorío rechazaban. Pero Don Alvaro no era hombre nada débil para tolerar sediciones de vasallos y si no levantó la fortaleza de San Martín y el recio recinto de Cadalso, debió por lo menos reforzarlos.

En las Crónicas de Don Juan II y del mismo Condestable, estas Villas, sin perder el indudable sentido estratégico que Don Alvaro les diera sobre sus posesiones de Escalona, figuran más bien como lugares de esparcimiento y recreo pues, salvo en 1445, en que el Rey vino a San Martín para reunir huestes contra las incursiones de su primo el de Navarra, que se había apoderado de Torija y de Alcalá, todas las restantes estancias, incluida la del año 1452, meses antes de la decapitación de Don Alvaro, obedecieron a fiestas y monterías porque, como dice el celoso Cronista del desgraciado Condestable, en esta tierra de San Martín, Cadalso y La Adrada, «*había muy buenos montes de muchos puercos et ossos e otra animalias*», los cuales mandaba «*mucho guardar*» para «*concertar monte*» al Rey, cuando le visitaba en Escalona. Estas monterías debieron ser más frecuentes de lo que las Crónicas expresan y en una de ellas San Martín vio celebrar por la Corte la elección del Condestable para el Maestrazgo de Santiago.

Luego de estos episodios, la historia de la Villa y del mismo Monasterio se sumirán en el silencio. La poderosa Abadía continuará desarrollándose hasta adquirir ese imponente conjunto que aun enseñan sus restos, cuyas riquezas artísticas han sido descritas por Ponz. Sus abades debieron tener con Don Alvaro de Luna una continua relación para que éste permitiera o reclamara que su último y animoso confesor, en los momentos del suplicio, fuera Fray Alfonso de Quiriales, expresamente enviado desde Valdeiglesias para tan penoso cometido. Mas después de